

La cultura sintética

FERNANDO AYALA POVEDA*

Las fábricas de utopías

El siglo XX es la centuria de las utopías convertidas en realidad. Jamás tantos descubrimientos y respuestas a las necesidades del hombre se habían materializado en la brevedad de un segundo luz. Durante diecinueve siglos, las sociedades planetarias vivieron en una edad de tanteos y configuraciones, combatiendo el miedo a lo desconocido con máscaras y ritos. De ese largo viaje por las tinieblas, las inquisiciones y los teoremas absolutos, surgió una comunidad científica que fue capaz de dominar las leyes del tiempo, el espacio y la relatividad. Los sueños de los alquimistas, de aquellos buscadores de la piedra filosofal, (fórmula de la fuente del origen, la juventud eterna y otros dones) que fueran confundidos con brujos y charlatanes, hallaron su perfecto centro y desarrollo en la ebullición científica moderna transformando bajo el signo de las más diversas invenciones y técnicas las respuestas sociales a la educación, el trabajo, las enfermedades y la diversión. Baste citar entre tantos milagros el tránsito de la hélice a la turbina, el desplazamiento del algodón por las fibras sintéticas derivadas del petróleo, la superación del linotipo por la fotocomposición, el televisor de blanco y negro a color, los aportes inverosímiles de las computadoras en todos los campos, la revolución de la psiquiatría a través de los analécticos y antidepresivos que pusieron fin a los itinerarios del horror de la nave de los locos o de frenopáticos infernales del pasado. Nada queda intacto ni al margen de las exploraciones. Los sentidos del hombre, el aprendizaje humano, su contextura psicológica, ósea y muscular, han sido virtualizados para soportar,

* Novelista, ensayista, profesor de la Universidad Central autor del *Manual de Literatura Colombiana* (Educar Editores) y de la novela del bolero *Amar en Bahía* (Plaza & Janés).

superar, gozar, y crear universos desconocidos. Jamás el hombre se había trascendido a sí mismo para derrotar la velocidad, el dolor integral de un trabajo computarizado, los efectos de la radiación, la locura de la guerra, el aislamiento en el Cosmos, el placer del consumo (Lúdico, erótico, económico) a su máxima potencia.

Pues bien. A partir de esta ruptura profunda sobre las relaciones del universo y las sociedades humanas, las utopías de Paracelso, Hermes, Nostradamus y Julio Verne, actualmente son hazañas cumplidas. La química y la física han logrado crear sustancias que crean o destruyen la vida, y leyes que hacen que un material multiplique la resistencia de los metales. De la historia de los anticuarios se efectuó el paso a la historia posible y en particular se dio el gran salto a la cultura sintética.

De la biblioteca de Babel al libro de las claves

La biblioteca de Babel expresa la personalidad del alejandrinismo donde según Alain Resnais los espacios vacíos de la cultura son ocupados por toda la memoria del mundo. Gracias a la potencia actualizadora de la lectura la literatura universal adquirió existencia simultánea constituyendo un orden simultáneo. El libro fue asumido así como acumulación de culturas y alegorías sobre el proceso de las sociedades.

Inicialmente los libros tuvieron una dimensión sagrada, la cual llegó a ser una transcripción de la voz de Dios. Cada texto literario remitía a la sabiduría y a un modo de vivir acorde con las leyes del espíritu y la naturaleza, el cual conllevaba un ritual de viaje hacia otros estados del alma. De ahí su función la visión purificante del libro de *Los Vedas* para los hindúes, del *Libro de los Muertos* para los egipcios, del *Corán* para los musulmanes y de la *Biblia* para los judíos y cristianos. Cada obra literaria obedece a una programática de la existencia social. El Antiguo y el Nuevo testamento, tienen junto a su significación de textos religiosos e históricos, una dimensión literaria de primer orden. Las numerosísimas historias que relatan, los conflictos espirituales y morales que presentan y las formas poéticas que revisten algunos de sus libros —*Salmos, Cantar de los Cantares, Libro de Job, Eclesiastés, Profetas, Apocalipsis*—, han actuado como fuente inagotable de inspiración para numerosos escritores y hombres de acción.

De la poética sagrada, surgen otras filiaciones, llaves para el entendimiento de la condición humana y de su época, así como formas

de deleite. Los libros simbólicos ilustran esta tendencia ya en el barroco con *Persiles* de Cervantes y el *Criticón* de Gracián. El primero de ellos, es un compendio del hacer artístico representación de la vida humana entendida como peregrinación que purifica y enriquece. En el *Criticón* gracianesco leemos un plan completo de peregrinación formativa, la del joven adrenio, que se verá ayudado por el consejo del sabio Critilio. El proceso de aprendizaje, siempre culmina en la sabiduría (el mejoramiento humano o el conocimiento de la experiencia) para los ojos abiertos que saben leer en los signos de los distintos escenarios, las paradojas de las edades del hombre.

El arte como religión estética y como desciframiento del destino humana, dado tanto en Shakespeare como en Camus, verá surgir el libro profano, el libro doctrinario, el *betseller*, cada cual con sus mandatos y sus recetas. De este modo ser sabio es ser un viajero por los mundos de la razón, la doctrina, el poder, el placer, el triunfo, la soledad o la solidaridad.

Ante la biblioteca de Babel el hombre siempre ha mantenido una actitud hermosa y trágica. El reino creado por la inteligencia humana, se convirtió lentamente en un universo tan vasto e inabismable como el cosmos. Frente a la palabra multiplicada sobrevino la pugna y el conflicto. Don Quijote perdió la razón; Fausto, el alma; Flaubert y Proust, la juventud; Borges, los ojos. Todos marcharon en busca de lo sagrado, del bien morir, del vivir como un acto de creación, del leer como un viaje a lo profano o como una narcoleptura para matar el tiempo. Ninguno de ellos llegó a su secreto centro. Ló que escribieron formó parte de un testamento personal y social. Ulises, el soñador, traicionó su heroísmo al regresar a Itaca; Don Quijote fue vencido por su idealismo al retornar a sus prisiones; Madame Bovary y Ana Karenina como Edipo se arrancaron los ojos para no ver la desgracia humana, la suya propia; Julián Sorel se inmoló en el patíbulo de la justicia francesa para demostrar una injusticia; Raskolnikov cometió homicidio para descubrir que no todo estaba permitido y que Dios era la conciencia del hombre; Pavel transformó la naturaleza social para descifrar el laberinto donde el poeta es un ingeniero de almas; Rulfo resucitó del mundo de los muertos para hablar de la soledad del olvido. Todos, los escritores y los personajes, los buscadores de la verdad se inmolaron por encontrarla, y al final, la verdad no fue más que un indicio, una prueba que permite comprender que la justicia y el amor son esquivos, en un mundo que no cree en centauros sino en guillotinas.

La epopeya de este conflicto y esta pugna por leer el libro de los libros, la señala Borges:

“El universo (que otros llaman la Biblioteca) se compone de un número indefinido, y tal vez infinito, de galerías hexagonales, con vastos pozos de ventilación en el medio, cercados por barandas bajísimas. . . Como todos los hombres de la Biblioteca, he viajado en mi juventud; he peregrinado en busca de un libro, acaso del catálogo de catálogos; ahora que mis ojos casi no pueden descifrar lo que escribo, me preparo a morir a unas pocas leguas del hexágono en que nací. . . Yo afirmo que la Biblioteca es interminable. Los idealistas arguyen que las salas hexagonales son una forma necesaria del espacio absoluto o, por lo menos, de nuestra intuición del espacio. . . (Los místicos pretenden que el éxtasis les revela una cámara circular con un gran libro circular de lomo continuo que da toda vuelta de las paredes; pero su testimonio es sospechoso; sus palabras oscuras. Ese libro cíclico es Dios). Bástame, por ahora, repetir el dictamen clásico: la Biblioteca es una esfera cuyo centro cabal es cualquier exágono cuya circunferencia es inaccesible”.

En la poética borgiana hay un hombre ciego, que lleva por destino la tragedia de no poder superar su condición humana, su tiempo de mortal, sus posibilidades racionales, para leer de manera total el gran libro.

Pero he aquí que la parábola de Borges, la utopía de la dominación de la Biblioteca de Babel, está siendo resuelta a través de la cultura sintética mediante el libro de las claves, la informática, el videolibro, el audiolibro, el cine y los medios audiovisuales en general. Ante la pregunta: “El libro ha muerto”, “El libro sólo sirve de base para el guión”. “La literatura no tiene futuro”, prosperan los pro y los contra. Se apunta que nunca se habían producido en la historia de la humanidad tantos libros como en la última década del siglo XX; se subraya que todo se transforma en libro, incluso los guiones de cine, las crónicas periódicas, la historia, porque el lector sólo quiere leer novelas, ese raro género de acumulación y extensión donde se descarta la síntesis.

Mientras la polémica se acentúa, Peter Ustinov, Maximilian Sehell o el mexicano Narciso Busquets leen a los clásicos de la literatura moderna para los editores del audiolibro, y el audiolector los consume en sus desplazamientos sincronizados de sus rutinas de

trabajo. Asimismo, el videolibro ha llevado al betamax innumerables versiones del acervo literario universal, incluso, se habla ya de haber trascendido la biblioteca de Babel.

Por su parte, el libro ha llegado a tales extremos de comercialización, que sólo dura una lectura y que se desecha como el periódico o la revista. La diversión de leer es la industria por excelencia del siglo XX al lado del ocio de ver y escuchar. El libro condensado, los diccionarios de argumentos, las memofichas, las fórmulas cuasiquímicas y matemáticas del estructuralismo sobre el campo literario, han convertido la literatura en una ciencia, y al lector en un descifrador de claves, a veces en un técnico o en un administrador.

Por otra parte, los videos de orden didáctico en el campo de la enseñanza aprendizaje, han revolucionado la didáctica, y han hecho posible que el videolector se apropie de una serie de destrezas inmediatas sobre el programa elegido. La cultura sintética no descarta en sí el libro, pero si lo simplifica, y seguramente esta relación se seguirá manteniendo en el siglo XXI.

Economía, violencia y desalfabetización

Los pueblos desarrollados han recibido el impacto de la cultura sintética y la han adaptado a sus necesidades sin traumatismos, dentro de los procesos coherentes que exigen sus leyes sociales. Los efectos del balance son controvertidos y se remiten por un lado a que la cultura sintética potencia el poder de la economía y la ciencia de los Estados Fuertes, y por otro lado, a que en la misma proporción somete al hombre al desempleo remunerado, a la des-ideolización, uniformidad, frustración, represión, ocio de consumo traducido en adicción, violencia, autosuficiencia, conductas patológicas, actitudes fascistas, racismo y dependencia. Frente a estos perfiles, los países desarrollados maximizan la explotación de los pueblos pobres para costear su sistema de vida, su presupuesto científico al servicio de la producción de tecnologías diversas que refuerzan su dominación.

Las comunidades pobres a su vez, se debaten en alternativas eclecticas de desarrollo según las imposiciones que provengan de los amos de los empréstitos. De ahí que no sea muy diferente su economía de exportar materias primas como de su modo de desarro-

llar su educación. El campo de la enseñanza, el libro resulta tan caro para los más pobres como para el nivel institucional la adquisición de computadoras.

La verdad es conflictiva. Las bibliotecas tanto en Colombia como en otros países de América Latina son centros de burocracia, dotadas con libros anacrónicos, que provienen de la cruzada nacional del libro de caridad. Como protagonista capital, el libro es rehuido en los centros de enseñanza porque es caro, porque exige ser leído y el profesor y el alumno no tienen tiempo o porque no presta un servicio productivo. En este orden, puede anotarse que en Colombia no se enseña para leer sino para repetir fórmulas, datos y sofismas de distracción. Los profesores y los estudiantes viven en una contradicción creada por el sistema político y educativo. Frente a esa dimensión de la enseñanza, la comunidad asume el libro como el discurso educativo como demagogia, retórica, rutina formal y miseria intelectual. La cultura sintética en lugar de hacerse productiva tiende a simplificar la investigación, la realidad y la creatividad del estudiante. Los estudiantes no saben sumar sin la sumadora. Los profesores no pueden progresar porque el Estado les impone un salario de miedo, y los somete a sobrevivir entre pequeños trabajos. Mientras los profesores no puedan comprar su tiempo, no tendrán acceso al progreso y a desarrollarse integralmente como profesionales en una sociedad que los mira con recelo y que les demanda lo que dicha sociedad no les ha facilitado para el cumplimiento de su misión. En ese sentido, el magisterio no logrará cumplir sus metas porque no ha sido creado como la Cruz Roja de la Educación, o como el ejército de salvación nacional condicionado a una paga de soldado y un laurel de patriota, es decir de soldado útil para fortalecer la cultura de la pobreza.

En efecto un país no progresa a base de caridad ni de filantropía, sino a partir de una economía democrática, capaz de fortalecer la universidad y la ciencia, el empleo y la calidad material y espiritual de vida, de multiplicar las aulas y los materiales didácticos, las tecnologías y las técnicas.

Ante los milagros de la cultura sintética, de las conquistas del Siglo XX en los campos del progreso material, Colombia vive todavía en el siglo de las tinieblas. Sus pioneros, los que luchan por un futuro mejor para el país, tienen que entregar sus esfuerzos a combatir el desorden, la desalfabetización que otorga la televisión de los programas violentos, la demagogia de los que se benefician y

crean pobreza, la peste del agua por el desdén institucional, las enfermedades endémicas por la carencia de una política de salud preventiva.

Si a esto se le suma la violencia, la parálisis de las guerras partidistas, los problemas de la deuda externa, se entenderá por qué en Colombia los estudiantes escriben un idioma babelico como su realidad y no están capacitados para leer porque el Estado y sus posibilidades económicas de vida les niegan el hermoso camino de tener libros para aprender a ser auténticamente voz y conciencia de un pueblo. Dentro de estas instancias, los milagros de una civilización se tornan desgracias, los caminos vencidos por la turbina se hacen más largos en los Andes, y los recursos didácticos como los recursos farmacológicos para conjurar la muerte se convierten en un rencor porque se sabe que existen, pero no se tienen y por no tenerlos se muere día a día, entre soledad y tiempo vacío de historia. Y duele aún más la realidad nacional al descubrir que en ella habitan hombres que con otro sistema de vida, pudieran cubrir el campo de flores y dignidades porque es un pueblo con una voluntad irreductible y magnífica, escondida en el maltrato y el desdén, pero siempre viva mientras ella perviva.

La cultura sintética, la importación de tecnologías, el libro de las claves, no resolverán los problemas básicos del país sino que los agravarán porque no existe una comunidad que tenga la posibilidad de leer ese universo tan rico, que va más allá de sus fórmulas. Las condiciones económicas y científicas de la nación, no se adaptan al desarrollo que la cultura sintética exige. De ahí que los hospitales, universidades y centros administrativos sean bodegas llenas de aparatos sofisticados que nadie sabe manejar, que sufrieron un daño y que no hay técnicos especializados para corregirlos, pero principalmente, que no funcionan mientras el sistema no se haga productivo. Es innegable que la industria editorial colombiana hoy en día muestre índices de desarrollo, pero esta prosperidad es aparente porque lo que se vende tiene un signo comercial y no un libro de calidad que responda a los contenidos nacionales. Bajo estos parámetros, la cultura sintética en Colombia es una industria tenebrosa, manejada por comerciantes, que trafican con enciclopedias anacrónicas como las armas de disuasión con que cuenta el ejército para su defender la soberanía nacional. En tanto ese orden no cambie y las formas económicas, culturales, educativas, sean factores de reforzar la cultura de la pobreza, toda reforma seguirá siendo un falso sueño, que ya cumple más de ciento cincuenta años de república.